

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Beatriz Sánchez Zurita

zuritaartistavisual@gmail.com

UNAM y UV

Nunik Sauret: Caminar entre el sigilo y la quietud

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 59, enero-marzo 2022, pp. 63-64.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Víctor Benítez



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Beatriz Sánchez Zurita > Nunik Sauret: CAMINAR ENTRE EL SIGILO Y LA QUIETUD

En el silencio transparente
el día reposaba:
la transparencia del espacio
era la transparencia del silencio.

OCTAVIO PAZ

La serie *Instantes y silencios* que presenta Nunik Sauret nos introduce en una configuración íntima de algunos elementos y procesos que residen en la naturaleza. Cada obra es el resultado de un estado de percepción despojado de las obviedades y las formas más visibles. La mirada de Sauret escudriña lo minúsculo e

Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda”, así como la asistencia a los estudios del maestro Octavio Bajonero y de Mauricio Lasansky en México, la encaminaron hacia la especialización en la gráfica japonesa para estudiar en los talleres de Kei Sei Kobayashi, Tatsuma Watanabe, Kuniko Satake, Iwakiri Yuko y Yasuko Sawaoka. Su aprendizaje con los maestros japoneses es una circunstancia significativa, pues no solo le permitió enfocarse en el conocimiento excelso de la técnica, sino que la influencia de la cultura japonesa se convirtió en un aspecto importante en el lenguaje visual de la artista.

La mirada de Sauret escudriña lo minúsculo e intangible; devela la primera epidermis de lo orgánico para mostrar sus secretos, con voz quedita y pausada que resuelve con gran potencialidad expresiva.

intangible; devela la primera epidermis de lo orgánico para mostrar sus secretos, con voz quedita y pausada que resuelve con gran potencialidad expresiva; describe el rastro de un pájaro en vuelo que surcó el aire, o la huella de los años de un árbol. Todo, en un diálogo que se deposita en la frágil transparencia de un papel y en la gestualidad poderosa del trazo negro que se ensancha y adelgaza.

Nunik Sauret es una artista mexicana con una consistente trayectoria por más de cinco décadas. Su sólida formación académica en la Escuela Nacional de

En primer lugar, subrayo que los verdaderos maestros a los que todo artista admira son aquellos que comparten todo su conocimiento y experiencia. Esto no solo se refiere al aprendizaje preciso de la técnica; el buen mentor lo comparte todo: aspectos de su vida, vínculos, referentes, cultura y pensamiento, entre muchas otras cosas, porque el papel de un buen profesor se genera a partir de la bondad para compartir una experiencia de vida, que provea al discípulo las mejores herramientas perceptivas, creativas, expresivas y obviamente técnicas. Entonces, el

Sauret nos remite a nuestros mundos interiores,
nos devela un espacio en el que podemos
reconocernos a través de un camino de
silencios y de pausas, para interiorizar las
señales que, en un mundo tan convulso, la
naturaleza nos concede.

alumno o alumna estará colocado en el centro de un cúmulo de información heredada de su profesor, la cual será integrada a su historia personal, como una parte fundamental de un legado artístico.

Sin embargo, para que esta semilla germine en la creación de un lenguaje artístico, es necesaria la conjunción de un maestro generoso y una alumna ávida de todo conocimiento. Nunik Sauret aprendió el oficio de técnicas japonesas tradicionales como el *moku-rito* (litografía en madera con tintas a base de agua), que posteriormente combinaría con impresión láser o fotocopiadora para obtener resultados muy precisos en cuanto a calibración de color. La artista visualizó que su aprendizaje no solo consideraba el oficio del grabado: la relación maestro-discípulo va mucho más lejos. El verdadero mentor te enseña a mirar desde una perspectiva alejada de la memoria, de lo aprendido; lo sustancial es aventurarse a una nueva configuración de lo que observamos, descifrar escenarios que implican profundizar en el conocimiento, la reflexión y la traducción que gráficamente se va a expresar.

El desarrollo creativo que cada artista experimenta es una manifestación de su proceso fenomenológico, razonamiento y capacidad creadora, entre otros aspectos; el artista traduce, y debe hacerlo con esa conciencia de aportar y enriquecer su lenguaje visual, así como descifrar lo intangible de las emociones y sentimientos, para evocar en sus obras estados que tengan

la capacidad de conmover a sus espectadores. En este sentido, la maestra Sauret va construyendo escrupulosamente microuniversos, en los cuales selecciona cada elemento y su tamaño, considerando que el vacío también es una forma, como una zona necesaria de silencios visuales. Porque desde ese espacio de sigilo se desborda un estado de emociones contenidas que equilibran los trazos de una potencialidad gestual absoluta. La obra de Nunik Sauret hay que observarla lentamente, haciendo pausas; es una invitación a escudriñar en el silencio el más leve movimiento de una hoja, la humedad de un “chipi chipi” –que podría ser propio de la región de Xalapa– y que poco a poco se acumula en la minúscula grieta de la corteza de un tronco. Porque esta fascinante artista se ocupa de lo inadvertido que sucede en la naturaleza, de esos cambios sutiles que ocurren cuando una diminuta espora se posa en la cama de hojarasca, de lo intangible que puede ser observar la luz de otoño que se manifiesta con graduaciones de formas en rojo, naranja y sepia que armonizan con áreas de grises neutrales. Es así que el trazo de Sauret se desliza por el ámbito impalpable del agua y el aire, en la inmensidad de un universo de formas, en la exploración íntima de una proyección femenina en la que persiste una voluntad absoluta para despojar de su primera epidermis a las formas orgánicas, hallar en la disección aquellos elementos que no son evidentes a simple vista. En este sentido existe una analogía en-

tre el papel y la piel que cubre las formas orgánicas; ambos soportes son lienzos que narran una historia en un tiempo y espacio que integra líneas y formas muy definidas en contraste con áreas transparentes de sutiles grafismos que semejan la huella de un tiempo pasado.

En el sigilo de la intimidad, Nunik va colocando formas orgánicas; la gran mayoría son vegetales, otras nos remiten al mundo mineral, pero a cada una la somete a un proceso mental y sensorial que revela esa apariencia de ingravidez que se manifiesta en cada obra. La expresividad de la serie se sustenta en la sutileza de los tonos, el equilibrio del tamaño de las formas y la calidad de los trazos como un asunto de exquisitez, finura y excelencia técnica. La obra de Nunik Sauret no solo es una propuesta visual; también es una apuesta meditativa para observar el paisaje, una condición para entablar correspondencia con otras formas de vida: ser una delgada vara que el viento mece y se traduce en el trazo de un pincel, o la mancha gris que evoca el soplo del petricor de una tierra que aguarda el espacio para una semilla viajera. Sauret nos remite a nuestros mundos interiores, nos devela un espacio en el que podemos reconocernos a través de un camino de silencios y de pausas, para interiorizar las señales que, en un mundo tan convulso, la naturaleza nos concede. **LPyH**

Zoncuantla, invierno de 2022

Beatriz Sánchez Zurita (Xalapa, Ver.) es maestra en Artes Visuales (UNAM), investigadora del Instituto de Artes Plásticas y docente en la Facultad de Artes Plásticas (UV). Ha realizado numerosas exposiciones individuales y colectivas en México y el extranjero sobre los ejes temáticos: cuerpo, naturaleza y territorio.